

E/M/2



El poeta y novelista José Manuel Caballero Bonald, ayer en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá, recibe el aplauso, de derecha a izquierda, de los Príncipes de Asturias, de Mariano Rajoy, presidente del Gobierno; José Ignacio Wert, ministro de Cultura, y de Fernando Galván Reula, rector de la Universidad de Alcalá. / POOL

PREMIO CERVANTES

El poeta y narrador gaditano agradece el más alto galardón de las letras hispánicas con un discurso en defensa de la palabra como herramienta de libertad y de la fuerza «consoladora» de la poesía

Palabras contra los desahucios de la razón

ANTONIO LUCAS / Madrid
José Manuel Caballero Bonald ha hecho de una intuición de Cesare Pavese una forma de vida y labor propias: la poesía es una defensa contra las ofensas de la vida. Y con ese mantra como aleta caudal ha ido confeccionando una escritura y una actitud frente al mundo. Señas de identidad de un poeta y novelista de potencia y singularidades que ayer desplegó en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares su inventario de fervores y quebrantos al recibir la

medalla que le acredita como Premio Cervantes 2012.

No es cómplice de protocolos, ni de moldes, ni de solemnidades. Y por eso, Caballero Bonald desplegó ayer un discurso que fue un vuelo de la celebración del libertino. Con ese calambre disidente que recorre su poesía, su narrativa. Es decir: su biografía. «Siempre hay que defenderse con la palabra de quienes pretenden quitárnosla. Siempre hay que esgrimir esa palabra contra los desahucios de la razón», aulló en una mañana de luz

en punta donde se mezclaban poetas, editores, escritores, músicos y un repertorio largo de políticos y miembros de la universidad.

Recordó Caballero Bonald su fervor de cuando niño entre los libros. La educación sentimental de aquellas primeras lecturas. A los amigos, a los compañeros de entusiasmo. A Cervantes —«hombre de mala ventura y un poeta por lo común desdeñado». Repasó el planetario de la poesía del autor del *Quijote* y sus lecciones incalculables: «Más que la imagen del ven-

cido por la vida, lo que ese Cervantes acaba sugiriendo es la del vencedor literario de todas las batallas por la libertad».

Escuchaban a Caballero Bonald los Príncipes de Asturias; el presidente del Gobierno, Mariano Rajoy; el ministro de Cultura, José Ignacio Wert; el rector de la Universidad de Alcalá, Fernando Galván Reula... Y, también como *autoridad*, el obispo de la ciudad complutense, el controvertido Juan Antonio Reig Plá... En cualquier caso: el poeta fue armando un ideario de

altísimas cotas literarias, intelectuales y cívicas con el que echó ancla también en este presente tiznado: «Tal vez una sociedad decepcionada, perpleja, zaherida por una renuente crisis de valores, tienda así a convertirse en una sociedad ennoblecida por su propio esfuerzo regenerador».

Caballero Bonald defendiendo la poesía. Caballero Bonald en combate contra la mediocridad. Caballero Bonald en dirección contraria.

Sigue en página 42

EM2 / CULTURA



Los Príncipes de Asturias y Mariano Rajoy, acompañan a Caballero Bonald -en primer término- y a su mujer, Pepa Ramis. / POOL

PREMIO CERVANTES

● «En mi poesía está implícito todo lo que pienso», dijo Caballero Bonald

Viene de página 41

El último ciclo (hasta ahora) de la poesía del autor de *Manual de infractores* es uno de los grandes legados no sólo estéticos, sino éticos, de la literatura en español de los últimos 15 años. Un alumbramiento de indignaciones y desconciertos, de fracturas del ciudadano agredido y de claridades del escritor ahondado. Y de todo eso dejó ayer rastro José Manuel Caballero Bonald en su disertación alcaína. «Más de una vez he comentado que mi palabra escrita reproduce obviamente mis ideas estéticas, pero también mi pensamiento moral, mis litigios personales, mi manera de buscar una salida al laberinto de la historia».

Es la búsqueda sin tregua lo que ha movido la envergadura de escri-

tor de Caballero Bonald desde que en 1951 ganara un accésit del premio Adonais con *Las adivinaciones*. Desde que en 1962 publicara la primera de sus novelas: *Dos días de septiembre*.

«En mi poesía está implícito todo lo que pienso, y hasta lo que todavía no pienso, que ya es meritorio», dijo en un golpe de ironía. «Cada vez estoy más seguro de que me ha enseñado todo lo que sé sobre mí mismo a medida que he ido valiéndome de ella para elegir mis propios diagnósticos sobre la realidad». Porque la poesía, él lo afirmó, puede corregir las erratas de la Historia.

Y en esos diagnósticos Cervantes ha sido una brújula constante para el galardonado. «¿Supe todo eso cuando compartí por primera vez las andanzas de don Quijote o no fue una intuición, un sentimiento anticipatorio que permaneció latente en mi conciencia hasta años después?». Y ha sido también, como todos los grandes creadores, una incógnita. «¿Por qué Cervantes escribió o mejor dicho por qué publicó tan poco en su juventud, incluso en su edad madura, y dio a conocer el ejemplo universal de su obra a las puertas de la vejez, de regreso de todas sus anteriores alianzas con la adversidad? Son muchos los años de abandono

literario a partir de la *Galatea*: casi dos décadas (...) ese largo silencio literario no es el silencio de quien ha elegido no hablar, sino de quien ha hecho del soliloquio un método de maduración previa de la palabra. Es el mutismo de quien lo observa todo para no olvidar nada».

Sobre todo no olvidar esas afrentas de las que en ocasiones habla Caballero Bonald. Más desde la expiación de un compromiso que desde la armería del ajuste de cuentas. Así también Cervantes, que concibe la literatura, el sueño y el delirio como una senda de la verdad. «Los enemigos históricos de la libertad han recurrido desde siempre a una suprema barbarie: la hoguera. O quemaban herejes o quemaban libros. Bien sabemos que destruir, prohibir ciertas lecturas ha supuesto siempre prohibir, destruir ciertas libertades. Quien no leía, tampoco almacenaba conocimientos. Y quien no almacenaba conocimientos era apto para la sumisión. De lo que fácilmente se deduce que conocimiento y libertad vienen a ser nutrientes complementarios de toda aspiración a ser más plenamente humanos».

Caballero Bonald no habló ayer como el viejo hechicero de la tribu, sino como el impetuoso arquero

que dispensa flechas con arpon de micebrina. Una dosis de insurrección en lugar de una absolución.

Le contestaron, como exige el protocolo, el ministro de Cultura, José Ignacio Wert, y el Príncipe de Asturias. Para entonces, el autor de *Descrédito del héroe* había prendido el Paraninfo con un aplauso unánime que se ha convertido en el más largo de los ofrecidos en la última década de entregas del Cervantes. Hasta los maceros tuvieron que sujetarse las manos para no caer en la calentura.

Wert reconoció el calambre renovador de la escritura de José Manuel Caballero Bonald. Y desgranó algunas de las aristas de su obra, de su actitud cívica, que paradójicamente rompen con violencia en el rompecabezas de su política ministerial. «Es en uno de sus últimos poemarios, *Manual de infractores*, donde su voluntad de disidencia y protesta contra las aberraciones de nuestra sociedad se expresa de forma más radical y directa. En uno de los poemas del libro, *Bienaventurados los insumisos*, proclama que sólo quien rehu-

sa a obedecer y desconfía tanto de la justicia con sus manos ciegas como de la bondad de ojos efímeros, sólo ese ha aprendido a vivir al borde de la vida». Exactamente eso da cuenta del dibujo espiritual de Caballero Bonald. Y qué lejos de ciertas genuflexiones ante la realidad. De la política de la realidad.

Más cauto y certero, Don Felipe buscó en este premio Cervantes la carnadura del hombre que es fruto de una defensa sincera y comprometida de la libertad creadora: «Hay en Caballero Bonald un lúcido que no da lecciones. Hay una biografía de días memorables, con sabores agrios y dulces, frente a los que su espíritu siempre ha sabido sobresalir. Hay un maestro para maestros que tiene presentes a los poetas de las generaciones sucesivas. Hay, en suma, un capitán varado a voluntad propia, al que la inmortalidad le parece 'insufrible y engorrosa', y al que este galardón le va a estropear sus planes».

Ese capitán varado es el alma naufragada del poeta y novelista. El marinero de navegación impetuosa. El creador de extensión universal y tan íntimo, sin embargo. Mucha memoria acumula ya José Manuel Caballero Bonald. Pero es memoria en combustión. No una nostalgia exacta, sino una disconformidad. Porque la gran literatura es desobediente.

Es uno de los escritores de su ge-

CRÍTICA

«Destruir, prohibir ciertas lecturas es prohibir, destruir ciertas libertades», sostiene el poeta

ACTITUD

«Sólo quien rehúsa obedecer aprendió a vivir al borde de la vida», apuntó el ministro de Cultura

EL HOMBRE

«Hay en Caballero Bonald un lúcido que no da lecciones», recordó Don Felipe

neración —el mítico grupo del 50— mejor amueblados por dentro de literatura, de poesía, de vida, de inteligencia. Es el único jefe de expedición de su propia aventura, que establece una intensa y auténtica relación lingüística con el mundo.

Caballero Bonald ha sobrevivido a dos naufragios. Su vida es resultado de un cabotaje que va de la palabra a la existencia. Y al final lo que queda siempre es el mar. El lugar donde uno aprende a vivir «al borde de la vida».

Galardón / Ceremonia de entrega

Y el vino blanco destelló como un revólver

Poetas, novelistas, músicos y políticos 'invadieron' Alcalá de Henares

A. LUCAS

Alguien se dio cuenta de que faltaba la tuna. «Oye, ¿y la tuna?». Y la tuna que no estaba. La tuna que capea reyes y princesas. La tuna de *Los clavelitos*. La tuna de la Universidad de Alcalá de Henares que quedó, por primera vez en los 31 años de vida del Premio Cervantes, fuera de juego. «Oye, ¿y la tuna?». Pues la tuna que no sonaba. Y es que este año, algún protocolo (¿de Casa Real? ¿del Ministerio de Cultura?) decidió que no debía figurar con sus decibelios de muchachada. Poco a poco, dicen los tunos, les fueron desplazando. De los patios soleados de la universidad a la puerta

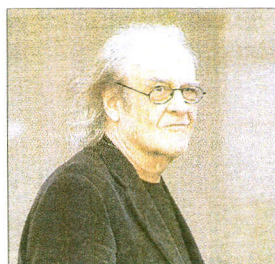
culado a un clima tabernario, prostibulario», ha escrito en algunos de sus luminosos ensayos sobre el asunto.

La música, ayer, llegó a Alcalá desde el fondo de otras gargantas. Las de aquellos que abuchearon con fuerza a los Príncipes. Las de los que jaleaban a la pareja. Y, principalmente, del gonzate de escritores, poetas y músicos que acudieron a celebrar a Caballero Bonald. Estaba Ana María Matute con su gesto de niña cansada. Estaba Antonio Gamoneda amarrado al brazo de Juan Barja. Y Félix Grandé con abrigo. Y Felipe Benítez Reyes vestido de impecable. Ángel García López caudaloso y grande. También Eduardo García con aire de Córdoba romana. Ignacio Elguero dispensando sonrisas. Manuel Rico con una cerveza a modo de antorcha. El editor Chus Visor, que tiene en el ajuar de su catálogo editorial a todos los poetas que son. Benjamín Prado como un ciprés con anteojos. Y el último Premio Loewe, Juan Vicente Piqueras. No muy lejos, el patrón del galardón, Enrique Loewe. José Ramón Ripoll acudió casi de estreno, que cuenta con libro nuevo en Tusquets. Junto a la directora de la Fundación José Manuel Lara, Ana Gavín, se acercaba con su vaivén de gigante Fernando Delgado. Y Josefa Parra apuntaba con la cámara de un móvil para fijar lo que allí pasaba.

La escudería humana de las instituciones la encabezó Víctor García de la Concha, director del Instituto Cervantes. Unos pasos más atrás, José Manuel Blecua, baranda de la Real Academia Española. El peinado casi afro corrió de cuenta de Alicia Gómez-Navarro, de la Residencia de Estudiantes. Y a su aire, el director de la Academia de Bellas Artes, Antonio Bonet Correa.

La novela tenía por emisarios a Eduardo Mendicutti y Juancho Armas Marcelo. Por el frente de la música, Luis Eduardo Aute, vestido de Luis Eduardo Aute. Y Miguel Ríos con gafas de sol como de estar en el escenario.

Y, claro, los políticos. Carmen Alborch, Alfonso Guerra, Luis Eduardo Cortés... Fue cerrar el coro el último compás del *Gaudamus Igitur* y comenzó el vino blanco a destellar en las copas, como espejea un revólver.



CELEBRANDO A CABALLERO BONALD

Arriba, de izqda. a dcha., Miguel Ríos, Carmen Alborch y Alfonso Guerra. Abajo, a la izqda., Luis Eduardo Aute. A la dcha., el poeta leonés Antonio Gamoneda.



AUSENCIA

La tuna no estuvo, por primera vez en 31 años, en el acto de entrega del Premio Cervantes

DIVISIÓN DE OPINIONES

Los Príncipes accedieron al recinto del Paraninfo entre vítores y protestas

ASISTENTES

Hace muchos años que no se veía una concentración tan alta de escritores y poetas en Alcalá

de entrada. Y de la puerta de acceso, al desahucio. Otro más.

Nadie se acordó de la tuna. O casi nadie. Pero la tuna no estaba para rondar a José Manuel Caballero Bonald, que prefiere, ciertamente, otras músicas más despeinadas, más inflamables. Diga-mos, porque así es, el flamenco. «El sentido primordial del flamenco es una habitación y cuatro o cinco personas oyendo cosas imposibles. Es un arte propio de gente errática, menesterosa, vin-



José Manuel Caballero Bonald durante el discurso de agradecimiento del Premio Cervantes, ayer, en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. / CHEMA MOYA / EFE

'Libre nací y en libertad me fundo'

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

(...) Soy consciente de que mi biografía literaria depende tanto de los libros que he escrito como de los que he leído. Todos ellos constituyen como una especie de espejo múltiple donde me veo frecuentemente reflejado, y en todos ellos se alojan no pocos de mis descubrimientos de la vida precisamente porque también en esos libros descubrí otras vidas, experimenté la sensación de que algo había allí que me ofrecía la posibilidad de compartir un mundo ignorado y excitante. (...)

Recuérdese que todos aquellos que se han valido de la opresión (desde los terrores inquisitoriales a los de cualquier censura dictatorial) para programar el mantenimiento de sus poderes, han coartado la libre circulación de las ideas. Los enemigos históricos de la libertad han recurrido desde siempre a una suprema barbarie: la hoguera. O quemaban herejes o quemaban libros. En las ficciones futuristas de un mundo amorfo, despersonalizado, regido por computadoras, la quema de libros representa algo más que un mandamiento atroz: es una metáfora de la esclavitud. Bien sabemos que destruir, prohibir ciertas lecturas ha supuesto siempre prohibir, destruir ciertas libertades. Quien no leía, tampoco almacenaba conocimientos. Y quien no almacenaba conocimientos era apto para la sumisión. De lo que fácilmente se

deduce que conocimiento y libertad vienen a ser nutrientes complementarios de toda aspiración a ser más plenamente humanos.

Aún puedo revivir las emociones de esas precisas andanzas de don Quijote. No conservo el recuerdo sino el sedimento del recuerdo, la constancia placentera de haber descubierto un mundo fascinante, de haber roto un sello, abierto una ventana por la que podía asomarme a

La quema de libros representa una metáfora de la esclavitud

Elegir un libro y compartir con él una aventura es un ejercicio de libertad

una nueva experiencia de lector, es decir, a una nueva enseñanza de la vida. Quiero recordar que medio entendí entonces que un libro te habla, pero también te escucha, que el hecho de elegir un libro y compartir con él una misma aventura también supone un ejercicio de libertad. (...)

He pensado con frecuencia en esa parcela de la vida de Cervantes medio emborronada por la incertidumbre, los equívocos, las zonas de penumbra. No se olvide que Cervantes inicia la publicación del *corpus* fundamental de su obra cuando ya rondaba los 60 años, es decir, que es prácticamente en la última década de su vida cuando aparecen las dos partes del *Quijote*, las 12 *Novelas ejemplares*, el *Viaje del Parnaso*, las *Ocho comedias y ocho entremeses*, y, al año de su muerte, el *Persiles*. No deja de ser llamativo ese desequilibrio, ese reparto desigual de la obra a lo largo de la vida. (...) Ese largo silencio literario no es el silencio de quien ha elegido no hablar, sino de quien ha hecho del soliloquio un método de maduración previa de la palabra. Es el mutismo del que lo observa todo para no olvidar nada.

Ya me corregirá el profesor Francisco Rico si me equivoco, pero esas andanzas medio enigmáticas de Cervantes, esas huidas imprevistas, tantas vaguedades, zozobras, cautiverios, vienen a trazar como la síntesis biográfica de un perdedor, de un hombre de azarosos lances, casi de un aventurero que, como don Quijote, fue acumulando decepciones, fracasos, desdenes. Pero nunca, sin embargo, renunció a ir macerando en la memoria su más universal empeño creador: el que hizo de la libertad un fecundo condimento lite-

rario. (...) «Libre nací y en libertad me fundo», reza el último endecasilabo de un hermoso soneto de la *Galatea*. Una libertad que enarbola Cervantes como una lanza desempolvada—la del caballero de la Triste Figura— para protagonizar tantas y tan heroicas hazañas en defensa de los perseguidos, los oprimidos, los sojuzgados. Todos sabemos que abundan en el *Quijote* los episodios en que el andante caballero medita

El de Cervantes fue el mutismo del que lo observa todo para no olvidar nada

La utopía también es una esperanza consecutivamente aplazada

y actúa como un justiciero guardián de las libertades, como un emisario de la tolerancia, como un hombre decente —en suma— que procuró igualar con la vida el pensamiento. Decía Octavio Paz que «con Cervantes comienza la crítica de los absolutos: comienza la libertad». (...)

(...) En un mundo como el que hoy padecemos, asediado de tribulaciones y menosprecios a los derechos humanos, en un mundo como éste, de tan deficitaria probidad, hay que reivindicar los nobles aparejos de la inteligencia, los métodos humanísticos de la razón, de los que esta Universidad —por cierto— fue foco prominente. Quizá se trate de una utopía, pero la utopía también es una esperanza consecutivamente aplazada, de modo que habrá que confiar en que esa esperanza también se nutra de las generosas fuentes de la inteligencia. Leer un libro, escuchar una sinfonía, contemplar un cuadro, son vehículos simples y fecundos para la salvaguardia de todo lo que impide nuestro acceso a la libertad y la felicidad. Tal vez se logre así que el pensamiento crítico prevalezca sobre todo lo que tiende a neutralizarlo. Tal vez una sociedad decepcionada, perpleja, zaherida por una renuente crisis de valores, tienda así a convertirse en una sociedad ennoblecida por su propio esfuerzo regenerador. Quiero creer —con la debida temeridad— que el arte también dispone de ese poder terapéutico y que los utensilios de la poesía son capaces de contribuir a la rehabilitación de un edificio social menoscabado. Si es cierto, como opinaba Aristóteles, que «la historia cuenta lo que sucedió y la poesía lo que debía suceder», habrá que aceptar que la poesía puede efectivamente corregir las erratas de la Historia y que esa credulidad nos inmuniza contra la decepción. Que así sea.

Fragmentos del discurso de José Manuel Caballero Bonald.